



Manuel Vázquez Montalbán, el 25 de mayo de 1998, en Barcelona. / SILVIA T. COLMENERO

LA LIBRERÍA

Fue el escritor más rápido del mundo, autor prolífico de poemas e historias, columnista que solo falló porque lo mandó la muerte

Manolo Vázquez, la imparable factoría

JUAN CRUZ
Se paró en Bangkok, el 18 de octubre de 2003, el corazón de Manuel Vázquez Montalbán, el escritor más rápido del mundo, autor prolífico de poemas e historias, columnista que solo falló porque lo mandó la muerte. Una factoría que parecía imparable. Era de la tribu del *Diguem no* de Raimon, pero él nunca dijo no a un encargo. Conoció la penuria y el hambre, y los combatió como si temiera que esos fantasmas fueran a ser las herencias que dejara sobre la Tierra.

Eduardo Mendoza, que le sucedió a la semana siguiente en ese espacio de la última página, escribió que, a partir de entonces, ya tendría que responder a las numerosas personas que le preguntaban a diario qué pensaba de esto o de aquello “el señor Montalbán”, que “Manolo se fue de viaje y todavía no ha vuelto”.

Escribía corriendo, y corriendo por el último aeropuerto de su vida conoció la asfixia y el dolor y se acabó. La noticia llegó a España a ráfagas, envuelta en incredulidad. Ese estupor tuvo su centro en Barcelona; su mujer, Anna, su hijo Daniel, la innumerable muchachada de veteranos o jóvenes se concentró en despedidas. Joan de Sagarra dijo que no se sumaba a los funerales; prefirió quedarse solo riendo con Manolo... Pero Joan Manuel Serrat, al lado de Juan Marsé, lloró la ausencia sentado en el banco laico de la primera despedida. Carmen Balcells, su confidente, su agente, su amiga, colocó ante su comedor una foto de

Su ‘Diccionario del franquismo’ vuelve en una edición con dibujos

La obra de aquel empecinado sigue por las estanterías, corriendo

su amigo. De vez en cuando, mientras el cadáver venía del Lujano Oriente, saludaba el retrato, la conversación se mantenía.

El poeta había nacido pobre, oliendo la prisión de la posguerra del padre, y conoció también la cárcel y otras amenazas. La orfandad que dejó MVM es la que describieron enseguida esos amigos estupefactos; entonces no se dijo demasiado, pero la muerte de un hombre de su edad (64 años) es una grave anomalía, tanto espacio de vida tenía por delante. En su caso, vida era escritura. Pero se murió, ya está. En el momento en que eso se hace más grave aún, en el caso de los escritores, es cuando empiezan a faltar de las librerías sus libros. Es el limbo al que está destinada la literatura de los muertos.

Pero resurgieron sucesivamente algunos de sus libros (*Galíndez*, *Barcelonas*, sus *Carvalhos*, incluido el que en su homenaje escribió Carlos Zanon...) y

ahora aparece en las librerías un libro insólito, por la rapidez y el sosiego con el que MVM glosó la figura de su archienemigo, Francisco Franco. Es el *Diccionario del franquismo*. Salió dos años después de la muerte del dictador y ahora (con dibujos de Miguel Brieva) lo reedita Anagrama. En el prólogo, Josep Ramoneda recuerda el origen de los padecimientos familiares de Manolo a causa del dictador. Nació en un barrio de perdedores y sufrió pronto la sombra del ganador. Pero en el libro aplica un bisturí como de rapsoda triste: tanta lata que dio, y qué poco fue Franco, el menos admirable de los hombres, el más estrafalario de los regímenes. A decirlo así contribuye ahora Brieva.

En esta resurrección de MVM, que superó pronto el purgatorio común al que se condena a los escritores, tiene mucho que ver el aliento que dejó la Balcells en su casa y gente como Francesc Salgado, que lleva ya cinco congresos dedicados a su autor más presente. A él le pregunté por qué pervive su ídolo. “Por la polarización de la política, que ha dejado de ser racional y se ha vuelto tan enfática. Porque vuelve el neofranquismo desacomplejado que brega por la unidad de España. Porque los textos de MVM que vuelven prosiguen aquella disección del franquismo. Porque todo eso lo hace inesperadamente actual”.

La escritura de aquel empecinado ha vencido la sombra del purgatorio y sigue por las librerías, corriendo.